

El Patito feo



Autor: Hans Christian Andersen
Ilustración: Paula Llao



El campo estaba tan bonito, en pleno verano. El trigo parecía de oro y contrastaba con la avena aún verde. El pasto ya cortado se amontonaba en los prados y la cigüeña paseaba por ahí sobre sus largas patas rojas, chachareando en egipcio, lengua que le había enseñado su madre. Espesos bosques circundaban los campos y las praderas, y entre ellos se escondían pequeños lagos. Sí, verdaderamente era un campo delicioso.



Bañada por el sol, se alzaba una mansión muy bella, rodeada por hondas acequias en cuyas orillas crecían malezas y matorrales de grandes hojas que se inclinaban hasta el agua; algunos eran tan altos que un niño de pie podía ocultarse entre ellos.

Se estaba tan aislado entre esas plantas como en lo profundo del bosque, y por eso una pata había elegido ese lugar para su nido. Sus patitos estaban a punto de romper el cascarón, y ella se sentía ya un poco cansada por todo el tiempo que llevaba sobre los huevos. Además apenas recibía visitas, pues los patos preferían andar nadando por ahí en vez de subir a tierra para ir a comadrear con ella.



Por fin, uno tras otro, los cascarones empezaron a romperse. “¡Pío, pío!”, se oía. En cuanto nacían, los patitos sacaban sus cabecitas afuera llenas de curiosidad.



-Cuac, cuac, miren a su alrededor!- dijo la madre, y los patitos salieron tan rápido como podían a mirarlo todo en torno a ellos y por entre las verdes ojas; ella los dejaba mirar lo que quisieran porque el verde es bueno para los ojos.



-¡Pero es que el mundo es muy grande!- exclamaban los pequeñuelos. Y con toda razón, ya que ahora tenían mucho más sitio para moverse que dentro del huevo.



-¿Creen que este es el mundo entero?- dijo la madre.
-¡No niños! Se extiende muy a lo lejos, más allá del jardín, hasta el campo del pastor, aunque yo jamás he ido tan lejos.

-Bueno, ¡supongo que ya han nacido todos!- añadió mirando a su alrededor.



-No; me parece que aún no están todos. Falta el huevo más grande. ¿Cuánto más voy a tener que esperar todavía?- dijo volviendo a echarse en el nido.



-¡Qué tall, ¿cómo van las cosas?- le dijo una vieja pata que había venido a visitarla.

-Este huevo se está demorando tanto!- contestó la pata echada. -El cascarón no quiere romperse. Pero por favor tienes que mirar a los otros, son los patitos más hermosos jamás vistos. Muy parecidos a su padre, el sinvergüenza...; ¡no me visita nunca!



-Permíteme ver el huevo que se demora -dijo la vieja pata-. Ajá..., ten la seguridad de que es un huevo de pava. Una vez me pasó a mí también, me equivoqué, y tuve un sinfín de penas y de molestias con ellos pues debo advertirte que le tienen miedo al agua. No hallaba forma de hacerlos nadar, les gritaba, los animaba, pero todo era inútil. ¡Déjame ver el huevo! Sí, es un huevo de pava. Mejor abandónalo y dedícate a enseñar a nadar a tus propios patitos.

-...Mira, creo que me quedaré echada un poco más. Ya llevo tanto en esto que bien puedo quedarme otro par de días.

-Como prefieras... - le dijo la vieja pata, y se fue.

Por fin el huevo empezó a romperse. "Pío, pío", dijo el pequeñuelo saliendo torpemente. Era grande y feo. La pata lo miró.

-Este patito es horrible -dijo-. No se parece a ninguno de los otros. ¿Será pavo? Bueno, luego vamos a saberlo. Se meterá al agua aunque tenga que echarlo a empujones.





Al día siguiente el tiempo estuvo más bonito que nunca, el sol brillaba sobre las hojas de los matorrales. Mamá pata y toda su familia partieron hacia las acequias. ¡Plaf! Se lanzó ella al agua. “Cuac, cuac”, llamó, y uno tras otro los patitos la siguieron. Se hundían en el agua pero enseguida salían de nuevo y flotaban maravillosamente como expertos nadadores, moviendo sus patitas con toda destreza. Entre ellos nadaba el patito grande y feo.



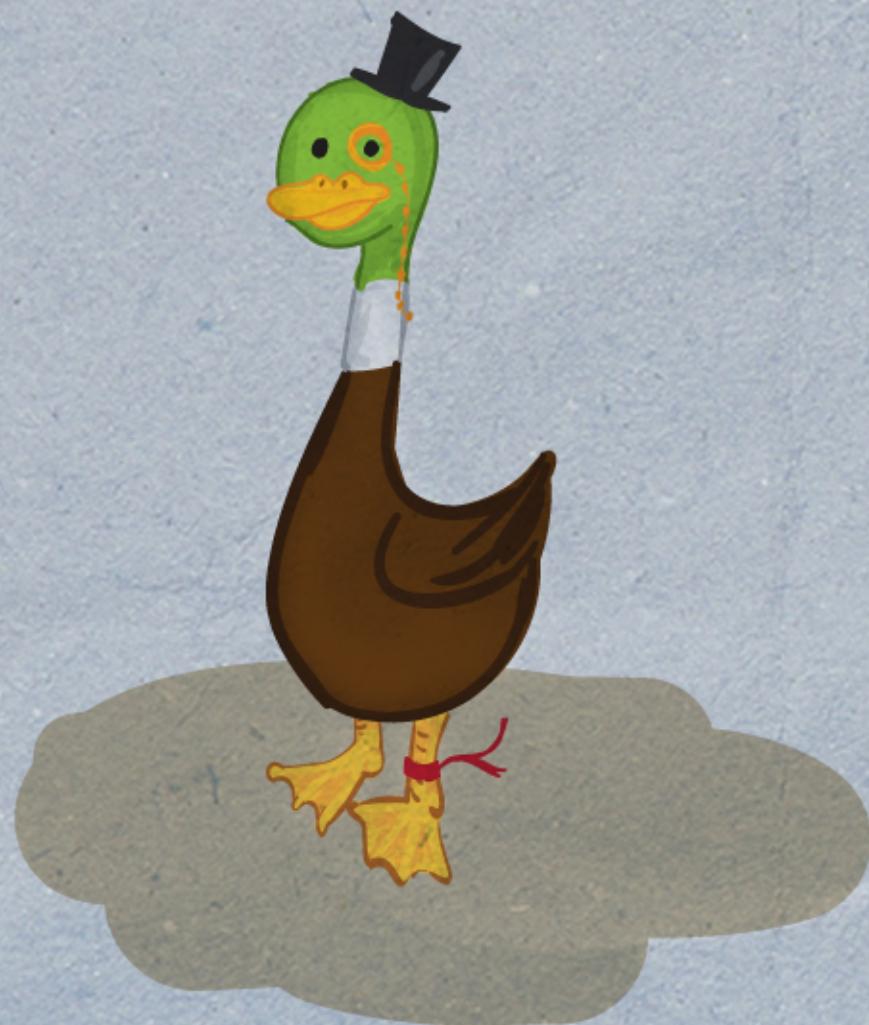
—No, no es un pavo —dijo la madre—. Fíjense que sabe mover las patitas a la perfección y se mantiene de lo más erguido. ¡Es hijo mío! Y no es tan feo, si lo miran bien. ¡Cuac, cuac! Ahora vengan conmigo y los llevaré al mundo y los presentaré a los habitantes del corral. Pero no se aparten de mí, que podrían pisotearlos. ¡Y cuidado con el gato!



Fueron al corral. Resulta que había un revuelo tremendo porque dos familias se peleaban la cabeza de una anguila, que terminó siendo arrebatada por el gato.

—Así son las cosas en este mundo —dijo mamá pata, relamiéndose, porque le habría encantado tener la anguila para ella.





—Y ahora usen bien las patitas —dijo—. Pongan atención cuando saluden a ese viejo pato que está allá: deben hablarle con respeto y hacerle una reverencia. Tiene sangre española y es el más importante. ¿Ven la cinta colorada que lleva alrededor de la pata? Esa es la más selecta distinción de que puede gozar un pato. Se la ponen para demostrar que hombres y animales deben reconocer su valor. ¡No lleven los dedos de los pies para adentro! Un pato bien educado lleva las patas separadas, como su padre y su madre. ¡Así está muy bien! Ahora inclinen la cabeza y digan ¡Cuac!



Los patitos obedecieron pero otros patos que se acercaban dijeron en alta voz:

—¡Miren lo que tenemos ahora! ¡Deberemos tener con nosotros esa tribu, como si ya no fuéramos bastantes! ¡Y, oh, por Dios, qué feo es el patito ése! No queremos que se quede aquí. —Y un pato se lanzó contra él a darle un picotazo en el cuello.

—¡Ey, dejálo tranquilo! —exclamó la madre—. A nadie molesta.

—Quizá no —dijo el que lo picoteó—, pero es muy grande y distinto a los demás. Merece que le peguen.

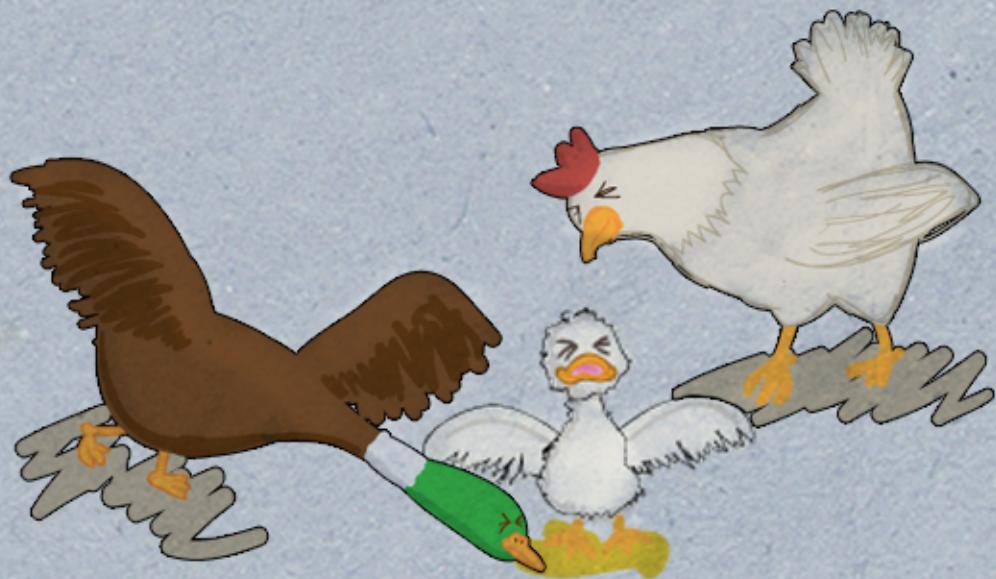
- Son unos lindos patitos los que ha tenido Mamá Pata- dijo la vieja ave con el trapo rojo en la pierna-. Todos lindos menos ése, que no salió bien hecho. ¡Qué bueno sería volver a empollarlo!

- Pero eso es imposible, Alteza -dijo Mamá Pata -. No será muy hermoso pero tiene buen carácter y nada tan bien como cualquier otro. Sin contar que tal vez mejore con la edad, o que disminuya al tamaño de sus hermanos.

Y entonces, dándole unas palmaditas en el pescuezo y acariciándolo, añadió: -Además, como es macho, la hermosura no tiene tanta importancia. Será muy fuerte y no dudo que sabrá abrirse abrirse paso en el mundo.

-Los otros son muy lindos- dijo el viejo-. Bien, ahora siéntanse en su propia casa, y si encuentran la cabeza de una anguila pueden traérmela.





Al oírlo decir eso se sintieron a sus anchas. Pero los patos y las galinas continuaron picoteando y maltratando al pobre patito que había salido último del cascarón y que era tan feo.

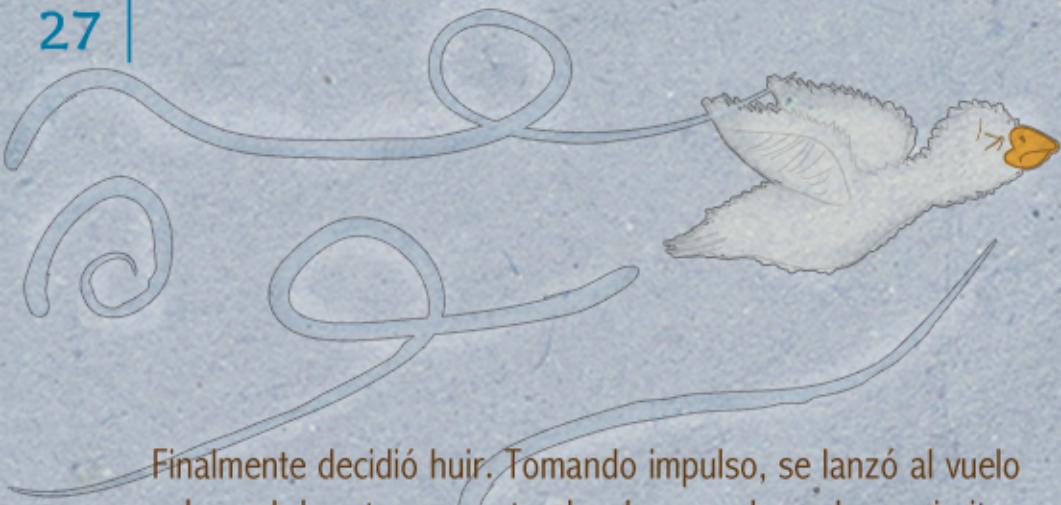
-Es demasiado grande -decían todos.

Y el pavo, que por haber nacido con espolones se creía ya un emperador, se hinchó como las velas desplegadas de un navío a toda marcha, se le tiró encima y le gritó y gritó hasta que la cara se le puso completamente roja. El pobre patito no sabía que hacer ni dónde meterse, desesperado por ser tan feo y por atraerse el rechazo de todo el corral.



Así pasó el primer día, y los siguientes fueron de mal en peor. Todos perseguían al pobre patito. Sus mismos hermanos y hermanas abusaban de él y le decían con desprecio: **“Si al menos el gato te atrapara, feo animalucho!”** Hasta su madre llegó a decirle: **“Cuándo irás a estar a cien leguas de aquí”**. Los patos y las gallinas le daban picotazos, y la niña que los alimentaba le daba puntapiés.





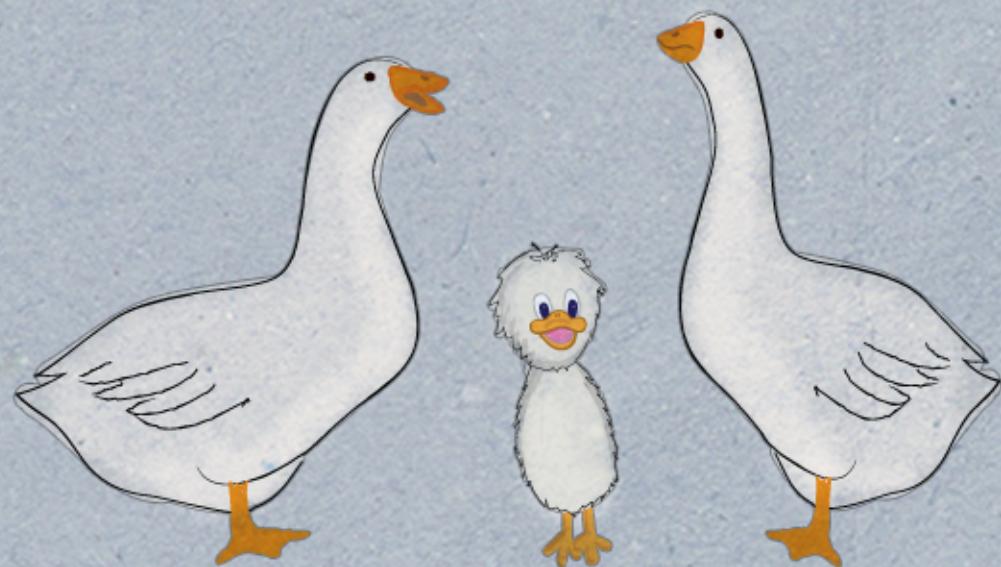
Finalmente decidió huir. Tomando impulso, se lanzó al vuelo sobre el huerto, espantando de pasada a los pajaritos despavoridos.

-También me encuentran feo- pensó el pobre patito cerrando los ojos, pero siguió volando hasta llegar al gran pantano donde vivían los patos silvestres. Se sentía tan cansado y tan desdichado que permaneció ahí toda la noche. A la mañana los patos silvestres se acercaron para examinar al nuevo compañero.

-¿Qué clase de animal eres?- lo interrogaron, mientras el patito giraba a un lado y otro saludando lo mejor que podía. **-¡Eres horrible!**- opinaron en su propia cara, **-pero la verdad eso no nos importa mientras no te cases con una chica de nuestra familia.**

¡Pobre pato! Ni pensaba en casarse, sólo pedía permiso para refugiarse en los juncos y beber un poco de agua del pantano.





Allí se quedó por dos días. Luego llegaron las ocas, o mejor dicho, dos gansos silvestres, pues ambos eran machos. Como habían roto el cascarón hacía poco tiempo, eran bastante descarados.

-¡Hola compañero!- dijo uno de ellos -eres tan feo que me agradas enormemente, fijate. ¿No quieres unirme a nosotros y ser un ave de paso? Cerca de éste hay otro pantano donde viven unas gansas silvestres muy simpáticas y lindas que saben decir ¡cuac! Aunque seas un tanto feo, bien podrías tener suerte con ellas...

En ese mismo momento resonaron unos tiros, ¡bang!, ¡bang!, y los dos gansos silvestres cayeron muertos entre las cañas. El agua se enrojeció de sangre. ¡Bang!, ¡bang!, sonaron más tiros; bandadas de gansos silvestres se echaban vuelo desde los juncales mientras las balas los acribillaban. Se trataba de una gran cacería; los cazadores acechaban escondidos por el pantano o se habían encaramado en los árboles. El humo azulado de los disparos formaba nubes entre los oscuros árboles y se arrastraba sobre el pantano. Los perros de presa chapoteaban...: ¡plumb! ¡plumb! quebrando los juncos y moviendo las cañas en todas direcciones.

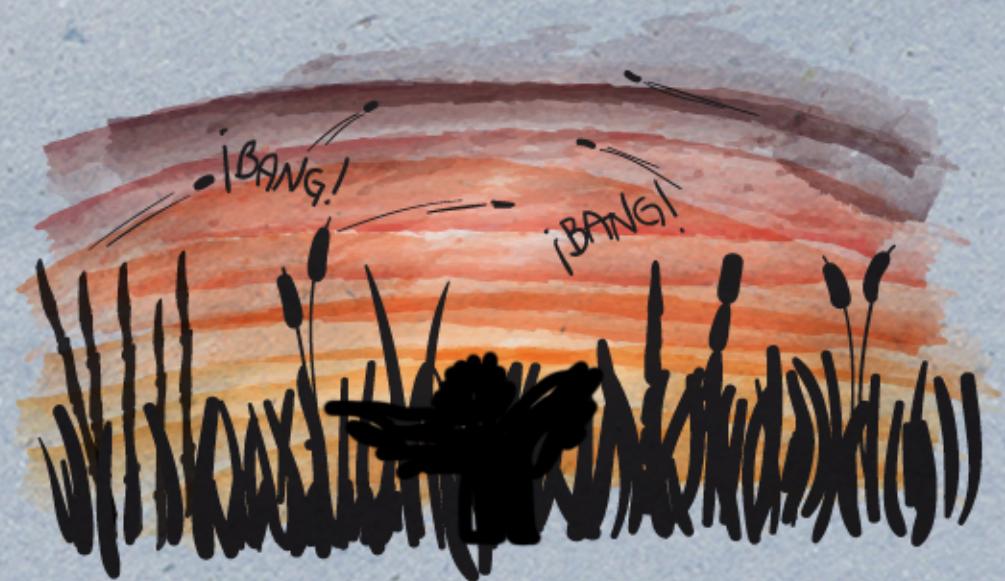




¡Qué miedo tenía el pobre patito! Torció su cuello tratando de esconder la cabeza debajo del ala, pero al intentar hacerlo vio a su lado a un espantoso perro. Le colgaba la lengua y sus ojos tenían un brillo feroz. Acercó al patito el abusmo de sus fauces, mostró los aguzados dientes, ...¡plumb...!, y se fue sin hacer daño.

-¡Oh, gracias a Dios!- suspiró el patito-. Cómo seré de feo que ni el perro quiso saber nada conmigo.

Se quedó inmóvil, mientras las balas pasaban tronando entre las cañas y desgarrando el aire. Ya empezaba a atardecer cuando volvió la paz, pero el pobre patito no se animaba a salir. Solamente después de esperar unas cuantas horas miró a su alrededor, y enseguida escapó del pantano tan rápido como pudo. Cruzó campos y praderas a pesar de que el viento era fuerte y le dificultaba la marcha.





Casi era de noche cuando se encontró frente a una choza, tan ruínosa que sólo permanecía en pie porque no sabía hacia qué lado caerse. El viento silbaba con tal fuerza que el patito tuvo que encogerse sobre la cola para poder resistirlo. Entonces vio que la puerta de la choza se había desprendido de una bisagra y colgaba dejando una rendija que le permitió entrar a la habitación.

Allí vivía una vieja, acompañada por su gato y su gallina. El gato, de nombre "M'hijo", arqueaba el lomo y ronroneaba soltando chispas eléctricas si lo acariciaban a contrapelo. La gallina tenía patas realmente cortas, así que con toda razón se llamaba "Gallinita Patas Cortas". Solía poner huevos estupendos, y la vieja la quería como a una hija.





Apenas amaneció descubrieron al extraño intruso, y el gato comenzó a ronronear y la gallina a cacarear.

—**¿Qué pasa?**— dijo la vieja mirando alrededor, y como tenía mala vista tomó al patito por un gordo pato adulto que se hubiera perdido. —**¡Esta sí que es suerte!**— añadió—. Ahora podré tener huevos de pato..., si no es un macho. Habrá que esperar a ver...



De modo que tomó a prueba al patito, por un lapso de tres semanas, pero ningún huevo apareció. El gato era el amo de la casa y la gallina la dueña. Siempre andaban diciendo “Nosotros y el mundo”, pues creían ser la mitad del mundo, y más aún: la mejor mitad. El patito pensaba que podía haber distintos criterios al respecto, pero la gallina no quería saber nada de ello.



—**¿Puedes poner huevos?**— preguntó la gallina.

—**No.**

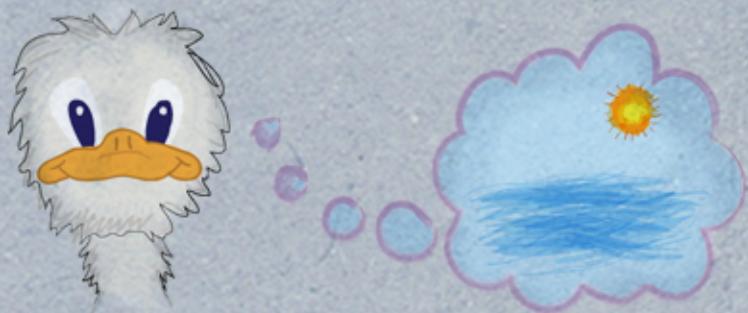
—**Entonces haz el favor de callarte.**

Y el gato decía:

—**¿Puedes arquear tu lomo, ronronear, o sacar chispas?**

—**No.**

—**Entonces guárdate tus opiniones cuando está hablando la gente sensata.**



El patito se fue a un rincón, malhumorado. Pero pronto se le vino a la mente el aire libre y la luz del sol, y se sintió ansioso por flotar en el agua, invadido por un deseo tan fuerte que le era imposible dominarlo. Hasta que no pudo más y se lo confesó a la gallina.

—Pero qué locuras dices —exclamó ella—. Es donde no tienes nada que hacer. Eso te mete en la cabeza ideas extrañas. Mejor pon algunos huevos o aprende a ronronear, y se te pasará.

—Es tan agradable tirarse al agua —dijo él—, tan delicioso sentirla en la cabeza cuando uno se zambulle a fondo.

—¡Qué divertido! —dijo la gallina—. Sospecho que te volviste loco. Pregúntale al gato. Es el ser más criterioso que hay. Pregúntale si le gusta flotar o zambullirse en el agua. Pregúntaselo a nuestra ama, la vieja, que no hay nadie más sabio en el mundo. ¿Tú crees acaso que tiene ganas de flotar en el agua o de darse un chapuzón?

—No me entiendes —dijo el patito.

—Bueno, si no te entiendes a ti mismo menos voy a entenderte yo. No te irás a considerar más inteligente que el gato o que la vieja, para no hablar de mí misma. Deja de actuar como tonto, hijo mío, y dale gracias al cielo por todo el bien que te hemos hecho. ¿No has vivido en una abrigada pieza, y en la mejor compañía, entre gente de la que se puede aprender algo? Pero no, eres un charlatán y no da mucho gusto hacer amistad contigo. Puedes creer: yo sólo quiero lo mejor para ti. Y si te digo cosas un poco duras, piensa que no existe mejor medio de conocer a los amigos. Intenta poner huevos, o ronronear, o sacar chispas.

—Creo que me conviene más recorrer algo del ancho mundo —dijo el patito.

—Sí, sí, sí..., eso es lo mejor que puedes hacer —aprobó la gallina.

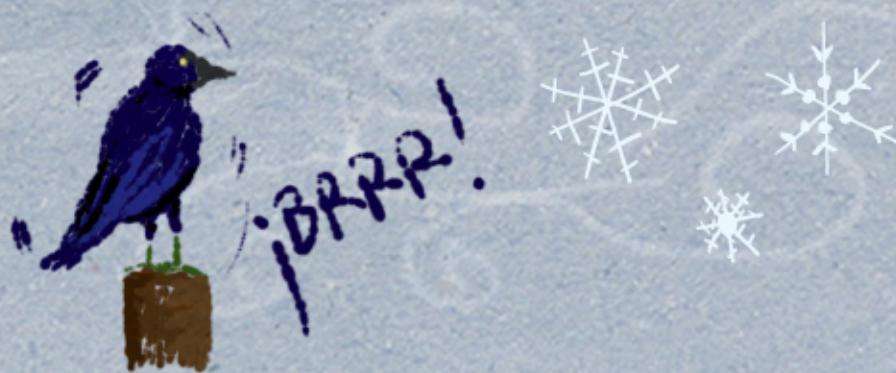




Así que partió el patito. Llegó a un lago, donde nadó, flotó y se zambulló cuanto quiso. Pero por su fealdad los demás patos lo miraban de reojo y con desprecio.

Llegó el otoño y en el bosque las hojas se pusieron amarillas y luego rojas y luego cayeron al suelo. El viento las arremolinaba y las obligaba a danzar de arriba a abajo. En el cielo se movían pesados nubarrones cargados de nieve y granizo. Un cuervo, parado en una cerca, graznaba de frío.

¡Mal tiempo para el pobre patito!



Una tarde, cuando el sol ya se escondía envuelto en sus más deslumbrantes esplendores de invierno, apareció una bandada de hermosas aves entre los matorrales. No había visto nunca aves tan espléndidas. Eran de luminosa blancura, de largos cuellos deliciosamente curvados...

Eran cisnes, y graznaban de una manera muy particular mientras abrían sus majestuosas y amplias alas. Se alejaban de esas frías regiones volando hacia el sur, hacia países más cálidos, donde los lagos no se congelan. Tanto se elevaron que el patito casi se marea mirándolos. Nadaba en círculos como una rueda, estirando hacia arriba el cuello por el aire, y dio un grito tan fuerte que él mismo se asustó muchísimo. ¡Oh, nunca podría olvidar aquellos pájaros tan bellos y felices! En cuanto desaparecieron él se zambulló hasta el fondo, y reapareció completamente fuera de sí. No sabía qué pájaros eran esos, ni a dónde iban, pero ya los amaba como nunca antes a ninguna otra criatura. No los envidiaba porque no se le habría ocurrido aspirar a tanta belleza. Habría sentido ya suficiente gratitud si los patos lo hubieran aceptado con ellos... a él, pobre y feo animal.





El invierno se hacía cada vez más crudo y el patito tenía que nadar sin parar para no helarse; así y todo cada noche el espacio libre donde nadaba se hacía más pequeño. Tenía que mover constantemente las patas para impedir que el hielo lo atrapara. Finalmente, rendido de fatiga se quedó quieto. El hielo se cerró en torno a él y el patito empezó a congelarse.





Temprano en la mañana lo divisó un campesino, que caminó acercándose hasta llegar junto a él, rompió a patadas con sus zuecos el duro hielo y lo libró para llevárselo a su mujer. Una vez allá, pronto revivió. Los niños querían jugar con él, pero el patito creyó que iban a maltratarlo y, asustado, cayó sobre un tiesto con leche que se derramó salpicando toda la pieza. De ahí fue a dar al barrilito de manteca, de ahí al saco de avena. ¡Qué espectáculo!



La mujer gritaba y lo perseguía con unas tenazas para el fuego, los niños tropezaban los unos con otros tratando de alcanzarlo muertos de la risa. Tuvo la suerte de que la puerta estuviera abierta, y salió disparado hacia unos arbustos cubiertos por la nieve caída. Allí se ocultó, completamente exhausto.



Resultaría muy triste hablar de todas las privaciones y penas que le tocó vivir ese crudo invierno. Cuando el sol comenzó a brillar nuevamente cálido, él seguía en el pantano, echado entre los juncos. La alondra cantaba y la hermosa primavera florecía.



De pronto, un día cualquiera, el patito desplegó sus alas. ¡Qué fuertes y poderosas estaban ahora! Podía volar distancias enormes. Antes de darse cuenta de donde estaba, se encontró en un amplio jardín con manzanos en flor y un aire perfumado de lilas, cuyas ramas se desmayaban sobre las sinuosas orillas de los estanques. ¡Qué delicioso aire puro y qué bello paraje!

En eso, tres hermosos cisnes blancos salieron de la espesura, nadando suavemente por el agua con las plumas deslumbrantes. Él los reconoció al instante, y sintió una honda melancolía.

—Volaré hacia esas aves regias y ellas me matarán a picotazos por tener la osadía de acercarme a ellas, siendo tan feo. ¡No importa! Prefiero eso a ser maltratado por patos y gallinas y a padecer tanto en el invierno.

Voló al agua y nadó en dirección a las majestuosas aves. En cuanto lo divisaron se le acercaron nadando con las plumas alborotadas.

—¡Mátenme! —dijo el pobre animal, y agachando la cabeza esperó la muerte.



Pero, ¿qué fue lo que vio reflejado en el agua cristalina? Vio su propia imagen, que ya no era la de un ave torpe, fea y desgarbada, sino que era un cisne... ¡Qué importa haber nacido en un corral, si uno sale del huevo de un cisne! En ese momento se sintió feliz de haber pasado por tantos padecimientos, que ahora lo hacían gozar más de su presente y de toda la belleza que lo rodeaba. Los grandes cisnes nadaban a su alrededor y lo acariciaban con los picos.





Aparecieron algunos niños con granos de maíz y pedazos de pan que tiraron al agua, y él más pequeño gritó:

—**¡Hay un cisne nuevo!**

Los demás gritaron de gozo:

-**¡Sí, ha llegado uno nuevo!** —y palmoteando de gusto fueron a dar la buena nueva al padre y a la madre. Volvieron con más pan y pastelitos, que arrojaron al agua, y uno de ellos dijo:

—**El nuevo es el más bonito, sin duda...**

Y los cisnes viejos asentían con la cabeza en homenaje al recién llegado.

Medio confuso, el nuevo cisne escondió la cabeza bajo el ala. No sabía qué decir. Estaba feliz, pero sin orgullo, pues un buen corazón nunca se enorgullece. Él, tan perseguido y desdenado, ahora oía decir que era la más hermosa de las aves. Las lilas inclinaron sus ramillas hacia el agua y el sol era cálido y alegre. Alborotó sus plumas y alzó el delgado cuello, diciendo para sí lleno de alborozo:

“¡Jamás soñé tanta felicidad cuando era el Patito Feo!”

🌿 **FIN** 🌿